

la Santa Sede y al mismo tiempo perseguir á la Iglesia, toda su tendencia demuestra una grande antipatía á las leyes de la misma Iglesia, despojándola de sus bienes legítimos, y conculcando las leyes divinas y humanas. No necesitamos para confirmar esta verdad buscar pruebas lejos de nosotros, pues por desdicha las tenemos dentro de nuestra misma patria. Ábrase nuestra coleccion legislativa perteneciente á lo que va corrido del presente siglo, y se verá como en diversas épocas se han publicado leyes absurdas contra las disposiciones de los sagrados cánones, y bajo diversos pretextos se han arrebatado sus bienes á las iglesias y monasterios, y hasta las alhajas de los templos y de las sagradas imágenes. No insistiremos ahora en este punto, porque en su lugar respectivo hemos de tratar, con la ayuda de Dios, del liberalismo moderno, como la mayor de las herejías del siglo XIX. No hacemos al presente más que apuntar lo que trataremos con la detención que el asunto merece.

Ya hemos dado á conocer suficientemente al desdichado autor del cisma de Inglaterra, y hemos visto de lo que es capaz un hombre que se deja llevar por la corriente de sus impuras pasiones. Estamos ya en el caso de dar á conocer á otro importante personaje tan funestamente célebre como Lutero y cuyo nombre va unido en la historia con el de aquel famoso apóstata. Nos referimos á Calvino.

CAPÍTULO X.

JUAN CALVINO.

Principios de Calvino y del calvinismo.—Idea general de su doctrina.—
Diferencia doctrinal entre el luteranismo y el calvinismo.—Reflexion.

Vamos á ocuparnos de otro hijo de perdicion, que, asi como Lutero, se propuso nada ménos que aniquilar la fé cristiana. Juan Calvino era el nombre eternamente execrable de este enemigo de su religion y de su patria, de este hombre rival de Lutero en su obra de destruccion. Era hijo de un habitante de humilde linaje de Noyon. Estudió humanidades y filosofía en Paris, y despues en Orleans, y en Bourges cursó la carrera de derecho. Su primera publicacion fué un comentario del tratado de Séneca sobre la clemencia (1).

Por aquel tiempo afligia á la Iglesia un considerable número de sectas heréticas, siendo indudable que todas ellas tuvieron su origen en el protestantismo. En tanto que Cal-

(1) Beza: Vida de Calvino.

vino estudiaba la jurisprudencia en Bourges, acudían á aquella ciudad diariamente los sectarios de las nuevas doctrinas, que eran recibidos favorablemente. Allí fué donde Melchor Wolmar, entre otros, le enseñó á pensar y hablar libremente sobre religion. Luego que volvió á París, sin haber sido promovido al sacerdocio, aunque sí provisto de una capellanía en la catedral de Noyon (1) y de los curatos de Murteville y del Puente del Obispo, en la misma diócesis, sin haber estudiado teología, se entrometió en las más difíciles cuestiones de controversia, y compuso un sermón artificioso, empenándose con el rector de la universidad, Nicolás Cop, al que había seducido, á fin de que lo predicase públicamente el día de la festividad de Todos los Santos. Como el rey había ordenado la mayor vigilancia para la conservación de la fe, obró con su firmeza acostumbrada el teniente criminal Juan Morin, y el predicador huyó á Basilea, de donde era originario (2). Instruido Morin de toda la trama, pasó bien acompañado al colegio de Fortet donde habitaba Calvino; pero este cobarde instigador, lejos de exponerse, observó tan atento el peligro, que al llegar á su habitación reconocieron que se había escapado ya por la ventana con el auxilio de sus sábanas que se hallaban colgadas en ella.

Aquí, dice Beraut-Bercastel, empieza la egira del hugonotismo ó la era calviniana. El nuevo profeta escogió para su lugar de refugio la ciudad de Angulema, y para hospedaje la casa de Luis Tillet, canónigo de aquella catedral, y

(1) Le Vasseur: Ann. de l'Eglise, de Noyon.

(2) Duboul, t. 6, p. 238.—Flerim. de Rem. p. 883.

entonces predilecto del impostor. Pero la sangre que corría por las venas de Luis era muy pura y cristiana para que fuese largo tiempo juguete de la impostura y de la impiedad. Juan su hermano, escribano mayor del parlamento de París, le advirtió de sus errores y llevó su celo hasta ir en busca suya á Alemania, en donde no descansó hasta haberle hecho romper los vínculos que le estrechaban con los enemigos de la fé. Las doctrinas del pedagogo hereje prendieron tan poco en esta virtuosa familia, que otro Tillet, hermano de los dos primeros, fué en adelante uno de los obispos más piadosos de Meaux. Todo lo que Calvino pudo hacer en Angulema fué bosquejar, bajo el título de *Institucion cristiana*, el libro tenebroso cuyos frutos sangrientos y sacrilegos le dieron un nuevo rasgo de semejanza con el profeta de la Meca (1).

Hé aquí ahora una idea general que de las doctrinas de este sectario consigna Mr. Audin, en su bien escrita *Historia de Calvino*:

«Ocúltese la Reforma bajo el nombre de Zuinglio, Lutero, Calvino, Ecolampapio ó Knox, no puede existir sino porque así plazca á los principes. Su reino es de este mundo. Seguidla al través de la Alemania, cuando parte de Wittenberg; en donde quiera establecerse, necesitará la mano de un hombre. ¿En qué se apoyaría cuando ha destruido los recuerdos, las creencias, la fé, las tradiciones? Muerta en ella toda vida ideal, se materializa y se entrega en cuerpo y alma, en Inglaterra á una mujer que hace oficios de papa; en Prusia á un monarca que regulariza hasta la disciplina

(1) Beraut-Bercastel, lib. LX, n. 28.

eclesiástica y redacta liturgias para las dos comuniones reunidas; en Ginebra á legos transformados en doctores de Israel. No hay país en el mundo donde la fé en el poder sea más ciega que en Prusia, país donde floreció el luteranismo...

»Libertad civil y religiosa, nacionalidad, poesía, pintura, bellas letras, Calvino todo lo ha marchitado en Ginebra, todo lo ha descolorido, todo lo ha muerto. Sin él, Ginebra habría marchado, como las otras ciudades, á la luz que Roma, Florencia, Venecia habian hecho brillar. Esta ciudad podia haberse distinguido como aquellas. Los frailes de Ginebra son pedantes y enfadosos, producen enormes volúmenes sin estilo y sin vida. Mientras que Ginebra se fatiga así en el vacío, Roma produce al aliento del pontificado obras maestras de historia, de lingüística, de filosofía.

»En Wittemberg como en Ginebra, la Reforma que nunca ha comprendido los instintos populares, había roto todas las imágenes materiales del culto; pero en Wittemberg, en cuanto se vió dueña del templo católico, se puso á levantar de nuevo las estatuas, á restaurar los cuadros, á recomponer los cristales temiendo ser acusada de vandalismo. En Ginebra, para complacer á Calvino, embadurnó las paredes de la catedral, vendió las estatuas é hizo quemar los cuadros.

»Antes de morir, Calvino legó á su patria adoptiva una manía de controversia, que los refugiados vieron obligados á sufrir.

»Calvino prohíbe al alma ocuparse de la forma visible, que podría, dice, hacerla caer en la idolatría; de la pintura, que sólo despertaría en ella falsas ideas sobre la naturaleza divina; de la música, que la sumergiría en perezosos ensi-

mismamientos. De este modo se cumplía la sentencia formulada por Menzel contra el protestantismo sajón: «La Reforma fué al principio un fuego devorador, despues una aurora boreal señal de enfriamiento.»

»La escuela exegética, que Calvino fundó en Ginebra, se resistió de una manera funesta al cultivo de las inteligencias... Es preciso ver cómo se regocijan estos escoliadores cuando han quitado ó añadido una pierna ó una letra griega: ¡anuncian este feliz descubrimiento, como nosotros católicos cuando Rafael pinta en Roma el cuadro de la *Transfiguración*, ó cuando Erasmo acaba de escribir el Prefacio de san Jerónimo! No pidais á todas aquellas inteligencias de los siglos diez y seis y diez y siete, que preceden á Calvino, ningun descubrimiento histórico, científico ó moral.

»Sabemos que Ginebra, proclamando que *el calvinismo no es el cristianismo*, se sustrajo al yugo doctrinal del reformador. Rehabilitado el libre exámen, se abrió otro abismo, la anarquía religiosa, y una voz se oyó que gritaba á sus pastores: «Habeis renegado del Cristo, el Cristo reniega de vosotros.» Esta voz protestante venia de Escocia.»

Calvino era más sabio que Lutero, escribía con más elegancia y estaba dotado de una gran actividad, cualidades que aplicadas á la buena causa, hubiesen sido de gran utilidad y provecho para la Iglesia. Por desgracia no fué así: Calvino quiso hacerse célebre y adquirir fama, y para ello tomó el peor camino; quiso gloria, y por cierto fué muy triste la que adquirió. Su nombre atraviesa los siglos junto con el de Lutero, y ambos son mirados con horror por todos

los hombres honrados. Pasó su vida Calvino en luchas continuas no tanto contra los católicos, como contra los mismos protestantes, pues que bien pronto se negaron á estar sujetos á su autoridad. Por su parte se valió del fuego, del hierro, de las prisiones para castigar á los que osaban contradecirle. Lutero y Calvino fueron dos genios maléficos abortados por el infierno, para la pérdida de innumerables almas. Calvino comentó á su manera las Escrituras.

Calvino, dice el abate Bertrand, ha sido alabado no sólo por los sectarios que le han seguido, sino tambien por algunos católicos que han querido de este modo dar pruebas de su imparcialidad; pero si bien no puede negarse que fué diestro en el arte de escribir, laborioso y desinteresado, estos actos no lavan sus hechos monstruosos de orgullo, de iniquidad y de intolerancia, que tampoco es posible sean por nadie disimulados.

Tiene razon el escritor francés que de este modo se expresa. Son muchos los que creen que para ser hombre de bien, para merecer aplausos de la sociedad, basta ser laborioso, desinteresado y amable. No: para merecer un justo aprecio son necesarias cualidades que jamás resplandecieron en Calvino, ni en Lutero, ni en Zuinglio, ni en Carlostadio, ni en ninguno de esos jefes de rebelion que despues de haber apostatado miserablemente de la fé católica, atormentaban y quitaban la vida sin escrúpulo de ninguna clase á los que ó bien no aceptaban ó bien apostataban de las doctrinas que ellos predicaban. En vez de alabanzas merecen la execucion de todos los hombres honrados, de todos aquellos que son amantes de la paz y de la tranquilidad de los pue-

blos, aunque prescindiesen de las ideas religiosas, de lo que no es posible prescindir los católicos.

Calvino estableció el reino de la intolerancia más feroz y despótica, de las supersticiones más groseras y de los dogmas más impios, y se valió de todos los medios, especialmente el del terror para que no se escapase de sus manos la autoridad que sobre los ginebreses habia alcanzado. Murió en Ginebra en 1564.

Necesario es que demos ahora algunas ideas generales de las doctrinas de este reformador. En sus *Instituciones de la religion cristiana* y en el *Catecismo*, que publicó en 1538, es donde puede buscarse la obra de reorganización que pretendió llevar á cabo, tomando de Lutero la justificación, de Zuinglio la presencia espiritual, y de los anabaptistas el no poderse perder el Espíritu Santo una vez recibido. Con estos principios compuso el sistema que recibió su nombre.

«Dios, dice en el libro I de las Instituciones, al formar sus criaturas de la nada, tuvo una noble voluntad, la de salvar á las unas y condenar á las otras: por lo cual, añade en otro lugar, él es quien nos estimula al pecado, lo quiere, lo prescribe; y cuando envia un predicador de su palabra, lo hace á fin de que los réprobos más se cieguen y más se ensordezcan.» No puede darse una doctrina más impia: luego segun la doctrina de Calvino Dios es el autor del mal. En tan corrompida fuente beberia seguramente el inmoral y cínico Proudhon para escribir estas sacrilegas palabras: «Dios es el mal.» ¡Todos los crímenes que se han efectuado y se efectúan en el mundo son obras exclusivas de Dios! ¡Y hay hombres que estando dotados de razon

acepten tal idea! ¿Qué se podrá juzgar de los que las predican y de los que las aceptan? Hé aquí lo que sobre esto encontramos en una erudita nota en la traducción castellana de una importantísima obra: «Los varios trámites de la Reforma son severamente juzgados por los mismos que la abrazaron. En 1839 Ernesto Naville sustentó tesis públicas en la academia de Ginebra, donde entre otras cosas dice: «La posesion de la gracia no puede subsistir sino con una autoridad democrática, autoridad que los ministros reformados se atribuyeron ó á lo ménos obraron como si les fuese atribuida; compiláronse artículos de fé, persiguióse á los que rehusaron suscribirlos; y al escándalo de la violencia y de la injusticia añadieron los protestantes el de la más patente inconsecuencia. Hoy día en las iglesias reformadas no hay una persona ilustrada ó imparcial que no reconozca que el admitir una autoridad dogmática fuera de la revelacion es hacer causa comun con los católicos.

»Aun las ideas de los reformadores sobre la manera como se confiere la potestad al clero, conducen rectamente al catolicismo. Y ciertamente, desde el momento que no es lo más escogido del rebaño, ¿quién confiere la potestad al pastor? ¿cómo le será conferida? Con la consagracion que es sacramento. ¿Y esta quién la efectúa? Los pastores de la Iglesia. ¿Y estos pastores por quién son consagrados? Por otros pastores. ¿Y los primeros reformados por quién lo fueron? Aquí está el punto. El único medio de resolverlo es legar la sucesion de los papas reformados á los de los valdenses y albigenses, ó bien á los católicos. Así volvemos á parar á la sucesion apostólica y de aquí al catolicis-

mo. Por esto Calvino sin rechazar enteramente la idea de la sucesion, no pudiendo admitir la vocacion legitima de los sacerdotes romanos, declaró que tal sucesion era nula donde no existía la verdadera fé. Así, pues, en último análisis, la doctrina es la que distingue á los pastores legitimos. ¿Mas cuál es la regla ó doctrina de la Iglesia? Las confesiones de fé. ¿Quién las ha compuesto? Los pastores. Por tanto la doctrina juzga á los pastores y los pastores á la doctrina.

»El sistema romano es de tal manera lógico y está tan coordinado en todas sus partes, que es preciso admitirlo todo ó nada. Respecto á los principios, los protestantes serán derrotados siempre que lo admitan sin reserva con todas sus consecuencias (1).»

Es indudable que el calvinismo es hijo de la Reforma protestante; sin embargo, iban por distinto camino, manifestándose siempre Calvino enemigo del luteranismo. Ya hemos visto la diferencia de doctrinas con respecto á la Eucaristía.

Calvino teniendo necesidad de certeza la buscó en la revelacion individual aplicada á la Sagrada Escritura. Nadie puede dudar que esta revelacion, por lo mismo de ser individual, se separa del catolicismo y al mismo tiempo se aparta de los que aceptan únicamente la inspiracion personal por aplicarse á la Escritura. Tan absurda es la idea del nuevo verbo luterano, consistente en la libre interpretacion de la Escritura, como el sistema de Calvino estableciendo la revelacion individual aplicada á la misma Escritura, siendo

(1) N. del trad. esp. á la *Hist. univ.* de C. Cantú, época xv, art. Calvino.

así que sólo á la Iglesia ha confiado el Salvador el depósito de la revelacion y la interpretacion de su contenido, razon por lo cual el gran Doctor san Agustin decia : *Ego Evangelio non crederem, nisi me catholicæ Ecclesiæ commoveret auctoritas* (1). Toda Iglesia reconstruida á la que no se pueda aplicar la máxima del célebre obispo de Hipona, no es Iglesia, ni puede ser otra cosa que un cisma, como lo son el luterismo, el calvinismo y todas las demás agrupaciones llamadas cristianas, pero que en realidad no lo son porque se hallan separadas del cuerpo místico de Cristo que es la Iglesia.

Continuemos en el exámen de la diferencia de doctrinas que existe entre uno y otro cisma.

Lutero, que se propuso despojar al cristianismo de sus verdaderas formas, pretendió conservar su espíritu, siendo evidente que este no puede estar divorciado de aquellas; así, pues, destruyó las obras ante la fé despojando á las primeras de todo su mérito, haciendo á la segunda suficiente para la justificacion del hombre sin la ayuda del ejercicio de la caridad y demás obras meritorias. Calvino introdujo aun más rigor en el anti-católico sistema de la fé justificante. El primero de estos herejes aseguraba que el cristiano por la fé estaba seguro de su propia justificacion, pero que no podia adquirir por si solo la salvacion eterna, y podia perderla despues, por lo que era necesaria la penitencia para la rehabilitacion. Calvino dijo que una vez asegurado el hombre de su justificacion por medio de la fé, está tambien seguro de su santificacion, porque no es

(1) Lib. *Contra epist. fundamenti*, esp. v, n. 6.

propio de Dios elegir y reprobar al hombre al mismo tiempo. De este modo llegó hasta la predestinacion. Segun esta doctrina perdian su eficacia el Bautismo, la sagrada Eucaristia y los demás sacramentos. Los hijos de los redimidos ¿qué necesidad tenian de entrar por la puerta del Bautismo para formar parte de la sociedad redimida si á ella pertenecian por su nacimiento?

Calvino fué tan léjos como pudo en el camino de sus errores. Secundando las ideas republicanas de Ginebra (y sabido es que por regla general el republicanismo puede llamarse sistema de destrucciones y de aboliciones), abolió el episcopado; confió la eleccion del ministro á la comunidad religiosa; estableció un consistorio ó consejo compuesto de diversos ministros, encargado de corregir las costumbres y administrar las cosas religiosas. Calvino obrando de un modo contrario á los demás sectarios sujetó el poder civil al religioso. Se comprende á primera vista que de este modo se abrian con más facilidad las puertas á toda clase de ideas y de revoluciones políticas.

Del consistorio que segun hemos dicho formó Calvino, uno de cuyos objetos era la correccion de las costumbres, nació el más brutal despotismo. Siendo tan extraordinario el odio que la secta profesaba á Roma, impusieronse severos castigos para todo el que retuviese en su casa imágenes papistas, muerte en horca al que apostatase del calvinismo, y multas pecuniarias á cualquiera que oyese misa, que llegase tarde á la predicacion ó acompañase algun amigo á la taberna; siendo tan excesivo el rigor que hasta llegaron á prohibirse los espectáculos y las danzas. Hé aqui algunos

castigos que segun un historiador fueron impuestos por algunos excesos :

«Tres ciudadanos fueron encerrados en una prision á pan y agua, porque durante una colacion comieron tres docenas de barquillos; una casada, que salió á paseo con un peinado diferente del que estaba en uso, fué encerrada junto con la peinadora; y otro que fué sorprendido con unos naipes, fué enviado al cepo con la baraja á la espalda. Ginebra conservó por mucho tiempo la impresion de tan intolerante rigor, repudiando el arte, la poesia y los espectáculos.»

A dónde llegó la tirania ejercida en Ginebra por el orgulloso cismático, se explica suficientemente en los siguientes párrafos del mismo escritor:

«¡Ay de aquel que creia serle licita la interpretacion libre! ¡Ay de aquel que no aceptaba el dogma de la predestinacion! Cuando el consejo de la ciudad tuvo que entender á peticion suya sobre los escritos de Gruet, él le aconsejó que le condenase con sus cómplices al último suplicio, y esto lo más pronto posible, á fin de que no se dijese que se toleraba la impiedad. Y nótese bien que se trataba de simples anotaciones inconexas, arrancadas al secreto de su cartera, de las cuales por tanto no debía cuenta sino á Dios. Tal monstruosidad, que no se ha visto repetida sino entre reinos tiránicos, fué sin embargo decretada entonces, «en nombre del Padre, del Hijo, del Espiritu Santo y con el santo Evangelio á la vista.» Bolsec, Ochino, Biandrate, Gentili y Castalion fueron denunciados por Calvino al consistorio, porque no pensaban como él. Miguel Servet de Villanueva en Aragon, médico astrólogo, editor del Tolomeo y muy versado

en los estudios teológicos, quiso hacerse regenerador, cuando todos tenian ya un sistema de predicar, y publicó las obras *De Trinitatis erroribus* y *Christianismi restitutio*, acusando á Roma de haber convertido á Dios en tres quimeras. Los católicos lo toleraron en Italia, y Calvino no supo perdonarle ciertas cartas, donde trataba de *insulsas* sus razones, y le preguntaba: *Unde tibi auctoritas constituendi leges?* y despues de siete años de espera pudo haberle á las manos, y le tuvo por largo tiempo en prision.

»En vano pidió un abogado, en vano pidió que le abreviasen los trámites, acerba tortura moral; en vano le pidió á Calvino una camisa para mudarse; Servet fué quemado vivo á nombre de una religion que rechaza toda autoridad; y como si no bastase todo esto, fué insultada su memoria y el modo con que sufrió el suplicio.

»Todos los cantones reformados, y Bullinger, Farel, Buzer y el dulce Melanchton aplaudieron este acto, y aconsejaron que se arrancara así la cizaña de en medio del buen trigo; y el nuevo Moisés escribió: *Muera el que ultraja la gloria de Dios*. Sus historiadores le excusan diciendo que el dedo de Dios lo dirigia. ¡Dios cómplice de la ira, de la ambicion y del despotismo! ¡Dios habria dictado á la libre Ginebra aquel código donde por el menor delito se impone pena de muerte, y siempre en nombre de Dios! Es muy larga la serie de aquellos que, segun Calvino escribe, eran tratados humanamente, dejándoles consumir de pena en las cárceles, ó llevándolos al tormento.

»No recordamos estos hechos tan solo para vituperio de Calvino, que esto seria un objeto miserable en un historia-

ador (1); pero la historia nos impone el deber de dar un cuadro completo de un siglo en que tanta parte tuvieron las persecuciones religiosas, y en que estuvo siempre desconocida la tolerancia, y se creyó deber perseguir á los que pensaban de distinto modo que los dominadores. Calvino desde la Suiza difundió sus doctrinas por Italia y Francia; y la Navarra, el Rosellon, Poitiers, Bourges, Orleans y los Países Bajos estaban llenos de sus sectarios. Bandas de *roderikers* recorrían el país declamando contra los abusos; á veces ocho ó diez mil se reunían en los campos, y un predicador desde un carro ó desde un árbol peroraba, y los demás entonaban salmos en lengua vulgar, mientras la gente armada vigilaba (2).»

Calvino, como queda demostrado por cuanto hemos dicho, estableció el reinado de la más feroz intolerancia, de las más groseras supersticiones y de los dogmas más impíos. Primero por la astucia, luego por la fuerza, amenazando al concejo con la venganza de los innumerables satélites que le rodeaban continuamente, si no sentenciaban según su voluntad, conseguía hacer triunfar su autoridad usurpada. Este tirano se glorió de ver muchos pueblos subordinados á sus absurdas leyes, que produjeron tantas lágrimas, especialmente en Ginebra.

Y todavía, á pesar de lo que se ha leído, Cantú se dis-

(1) De excesiva peca la modestia del historiador Cantú. Cuando se trata de un hombre que durante su vida y en virtud de su apostasia dejó en pos de sí horribrosos lagos de sangre; que separó de la verdad católica multitud de almas para arrastrarlas al abismo de la perdición; que, en suma, fué un agitador constante de la sociedad, no creemos sea objeto miserable en el historiador pintarlo tal como fué, aunque su nombre sea entregado al vituperio. ¿No sabe el mundo entero lo que fué Calvino?

(2) Tom IV, pág. 212.

culpa, diciendo que refiere estos hechos únicamente por los deberes del historiador. La humanidad es necesario que conozca en toda su desnudez á esos hombres miserables que se han presentado ante la sociedad fingiendo una misión que no han tenido, presentándose como reformadores en el órden religioso, y que no han sido otra cosa que osados farsantes que han arrebatado la fé de los corazones, la tranquilidad del seno de las familias y la paz de los pueblos por donde pasaron. Vituperio sería no el recordar sus hechos, sino el ocultarlos ó disculparlos. Y con respecto á Calvino y su doctrina, decimos lo mismo que al hablar de Martin Lutero. ¿Es posible que hombres de buen sentido, de recto criterio, sigan de buena fé las enseñanzas de estos miserables embaucadores? Y sin embargo, son innumerables los que viven apartados de la Iglesia romana, maestra de la verdad, creyéndose honrados con llamarse hijos de Lutero ó de Calvino. ¡Son de todo punto incomprensibles las aberraciones del entendimiento humano! Los mismos que viven afiliados á estas sectas, porque dentro de ellas abrieron sus ojos, si se dedican á leer la historia de sus patriarcas y el origen de la Reforma en cualquiera de sus múltiples ramificaciones en que vivan, no podrán ménos de experimentar un profundo pesar de haber vivido en el error y correrán presurosos en busca de la verdad, arrojándose en brazos de la santa Madre Iglesia, de la que no por culpa de ellos, sino de sus padres han vivido separados. Ya hemos dicho y lo repetimos con placer que el protestantismo, el calvinismo y todas las demás sectas que le son afines se hallan en su periodo de decadencia, y todo nos

hace conocer que la Inglaterra volverá en un período de tiempo no muy lejano á ser nuevamente acreedora al título de *Isla de los santos* con que en otros tiempos se honró. Hoy vemos ya establecida en aquel país la jerarquía eclesiástica, y cada día es mayor el número de personas, en su mayor parte de alta posición, que detestando el anglicanismo, entran en el gremio de la Iglesia católica.

CAPÍTULO XI.

Penas severas impuestas por el rey de Francia contra los novadores.— Discurso religioso de Francisco I.—Calvino dedica su «Institucion cristiana» al mismo rey.—Idea de esta obra.—Por qué se ha dado á los calvinistas el nombre de hugonotes y á sus pastores el de ministros.—España, baluarte de la fé católica.—Dos jesuitas.—Ejemplos contemporáneos.—Abolicion del catolicismo en Ginebra.—Apostasia.

Hemos dicho que el rey de Francia Francisco I velaba con incansable celo por la conservacion de la pureza de la fé en sus Estados, y en efecto desplegó el mayor rigor contra los sectarios de las nuevas doctrinas. A esta severidad se debió el que no cupiera á la Francia la desgraciada suerte de Inglaterra. Citaremos un solo caso entre los muchos que pudiéramos consignar. Un religioso del orden de predicadores apostató y se hizo muy libertino, hasta el extremo de casarse con dos mujeres á la vez, y cayó en la herejía, empezando á predicar con el mayor descaro la misma doctrina que él practicaba. No contento con perderse, quiso ser el instrumento para la perdicion de otras muchas almas. Fué preso en Lyon, y condenado por los tribunales de aquella ciudad á ser quemado vivo. El hereje apeló al Parlamento